



Por PIERRE MENDES-FRANCE

El resurgir de la violencia

HEMOS entrado en un nuevo periodo de la vida internacional sin habernos dado cuenta. Después de la segunda guerra mundial, el recuerdo de los sufrimientos padecidos y la aspiración a la seguridad incitaban a todos los pueblos, consciente o inconscientemente, a adherirse a los conceptos internacionales que parecían poder garantizar el mantenimiento de la paz. Hoy asistimos a un impresionante resurgimiento de la violencia y a la rápida desvalorización de los principios cuyo respeto se consideraba antes como indispensable para consolidar la paz. Por doquier se ha extendido una especie de escalada contagiosa. Si nos hubiesen dicho en 1945 lo que iba a ser el mundo hoy, de Vietnam a Oriente Medio, las graves tensiones de América Latina, las persecuciones y los genocidios (contra kurdos, biafraes, negros de África del Sur, etc., etc.), nos hubiéramos sentido horrorizados e indignados a la vez.

La guerra fría que se cebó en Europa a lo largo de una década ha remitido ciertamente. Es como si los supergrandes, decididos a evitar una nueva conflagración mundial, hubiesen llegado a un armisticio de hecho en aquellos puntos donde el enfrentamiento pudiera ser trágico, al tiempo que continuaban sus planes o sus maniobras políticas en otros, atizando o alimentando los conflictos denominados locales por creer que podían limitarlos a su antojo.

Sin embargo, la experiencia demuestra que no siempre los controlan, y nada garantiza que puedan contener, al final, movimientos que ayudaron al principio. Efectivamente, hay factores incontrolables que adquieren una importancia creciente: intervención de China —y temor de la URSS de verse «desbordada por la izquierda»—, rivalidades y fanatismos imprudentemente alimentados, irresponsables agitaciones de dictadores que tienden a explotar los nacionalismos y los racimos, etc., etc. El juego de las naciones poderosas es peligroso. Cualquier día pueden verse arrastradas a una aventura gigantesca. Y, como pasa siempre, luego todos dirían: «Yo nunca pretendía esto». ¿No ha llegado ya el momento de que todos los gobiernos tomen conciencia de que no tienen ningún derecho —ni aun amparándose en razones sentimentales comprensibles— a proseguir objetivos que pueden agravar el peligro de una guerra?

Poner en entredicho la frontera Oder-Niese, aun cuando sólo sea implícitamente, supone un riesgo bélico. Ninguno puede negarse a aceptar un estado de cosas cuya alteración costaría millones de vidas humanas. Negar el principio de la existencia de Israel, incluso implícitamente, supone un peligro bélico. Ningún país puede oponerse a este principio ni a sus consecuencias: delimitación de fronteras, situación de los expatriados, que, lógicamente, aspiran también a tener una nación, etc., etc. (1). Ignorar, incluso implícitamente, la realidad de ochocientos millones de chinos supone un peligro bélico. Ningún país puede negarles el puesto legítimo que les corresponde en el concierto internacional. Aplastar este o aquel movimiento popular que responde a una aspiración a la libertad o a la emancipación supone un peligro bélico para el día de mañana, y nadie puede provocarlo.

Incumplir los compromisos adquiridos, faltar a la palabra dada supone siempre un paso hacia la guerra. Pues bien, es posible que ni uno sólo de los acuerdos tomados inmediatamente después de la última guerra mundial haya escapado a la violación, y casi siempre por varias o todas las partes firmantes; como, por ejemplo, los acuerdos interaliados de 1944-45 sobre

Alemania. Ni uno sólo de los conflictos declarados que hoy nos angustian hubieran estallado de haber sido aplicados, en el espíritu y en la letra, los acuerdos de Ginebra de 1954, y si los armisticios de 1948 en Oriente Medio hubiesen producido sus efectos naturales (2), si hubiesen sido respetados los alto el fuego de 1967, si no se hubiesen pisoteado los tratados del Pacto de Varsovia, que proclaman la independencia de cada uno de los miembros.

Las grandes potencias tienen una gran parte de responsabilidad en estos casos. También sufren sus efectos y temen que sus cofirmantes rompan una vez más sus compromisos y, de esta forma, provoquen nuevos hechos consumados y alteren un equilibrio ya de por sí frágil. De ahí nace un sentimiento general de inseguridad, incertidumbre y miedo. La reciprocidad de esta inquietud y la doble discusión mediante el terror dieron origen, sin duda, al armisticio europeo. Esto llevó, asimismo, a los supergrandes al concepto de la vida internacional fundado en el condominio —ejercido por ellos— sobre el planeta entero. Contra esta pretensión se levantan, legítimamente, los otros países. Pero, ¿comprendieron siempre sus gobiernos los propios deberes? ¿No se comportaron a menudo de forma irresponsable? No se pueden mantener justas quejas por las intrusiones y las intrigas de los grandes en Oriente Medio y, a la vez, negarse a encontrar soluciones uno mismo, y mediante procedimientos bilaterales, para los problemas planteados. Tampoco se puede protestar contra las «conocidas hegemonías» (3) al tiempo que se sabotea la construcción de una Europa que pueda escapar a ellas. Ni se puede condenar la supremacía del dólar al tiempo que se emprenden políticas económicas y sociales que refuerzan la dependencia al dólar. Esto lo saben los políticos de muchos países y, sin embargo, prefieren buscar el prestigio y las aclamaciones mediante el halago a los sentimientos nacionalistas y chauvinistas, lo cual justifica, en definitiva, las ambiciones de los supergrandes. La opinión pública comprende intuitivamente el carácter malsano del actual equilibrio político mundial. Si pudiese hacerse oír vigorosa, incluso coléricamente, sería todopoderosa e irresistible, como se demostró sobradamente en el pasado. Pero el declive de la democracia viva y el papel creciente de los *mass media* han anestado en parte dicha voz. Por ello, sólo de vez en cuando se manifiesta, y con retraso (Argelia, Vietnam), o no se manifiesta (Checoslovaquia). Se ha perdido totalmente la conciencia de la vía peligrosa en que estamos metidos y de que al magnificar la violencia, al permitir que la paz dependa del arbitraje de unas cuantas potencias, únicamente preocupadas por sus objetivos particulares, se pueda desembocar un día en una crisis mayor.

Los hombres de izquierda y progresivos deben recordar, más que nadie, que la lucha por la paz es una de sus tradiciones y de sus misiones. Y la traicionan cuando, incluso amparándose en razones ideológicas, atizan las hostilidades, los odios y rencores que pueden desencadenar mañana tormentas más devastadoras aún que las de ayer. No deben olvidar jamás que el deber de la paz es su primer deber.

* * *

Al releer este artículo comprendo que está formado por una serie de evidencias. Pero, ¿cómo juzgar una época y un mundo en el que se han ignorado y olvidado las evidencias hasta ese punto? ■ P. M-F.

Copyright Agence Laure Forestier 1969 y TRIUNFO.

(1) Por otra parte, si Israel pretendiese conservar los territorios que ocupa desde 1967, se crearía una situación que abocaría irremediabilmente en una nueva guerra; por lo cual, y a reserva de algunas rectificaciones racionales, y a ser posible compensadas, el arreglo definitivo deberá implicar la restitución de las zonas ocupadas actualmente por razones militares, que desaparecerían al ser restaurada la paz.

(2) Los armisticios firmados en 1948 entre Israel y los Estados árabes declaraban en su preámbulo que constituían una etapa para llegar al establecimiento de tratados de paz. Los Estados árabes se negaron después a negociar dichos tratados.

(3) «Les hégémonies que vous savez», expresión familiar del general De Gaulle.